

lisonjemos últimamente de reunir con la elocuencia las opiniones dispersas de los amantes de las verdades generosas.

CAPITULO II.

Del Gusto, de la Urbanidad de las costumbres, y de su influjo literario y político.

SE persuadiéron por espacio de algun tiempo, en Francia, de que era menester hacer tambien una revolucion en las letras, y dar á las reglas del gusto, en toda especie, la mayor latitud. Ninguna cosa es mas contraria á los progresos de la literatura, á aquellos progresos que sirven tan eficazmente para la propagacion de las luces filosóficas, y por consiguiente para la conservacion de la libertad; ni ninguna es mas funesta para la mejora de las costumbres, uno de los primeros fines que las institu-

ciones republicanas deben proponerse. Las exageradas delicadezas de algunas sociedades del antiguo gobierno no tenian relacion ninguna sin duda con las verdaderas máximas del gusto, conformes siempre con la razon; pero podian desterrarse algunas leyes de convencion, sin arruinar las barreras que señalan el camino del ingenio, y conservan, tanto en los discursos como en los escritos, la conveniencia y magestad.

El único motivo que se alega para mudar enteramente el tono y las formas que mantienen los miramientos y sirven para la consideracion, es el despotismo que las clases aristocráticas ejercian sobre el buen gusto y los modales. Es pues útil el caracterizar los defectos que pueden censurarse en algunas pretensiones, en algunas chanzas, en algunas exigencias de las sociedades del antiguo gobierno, á fin de mostrar despues con tanta mayor fuerza, cuales fuéron los detestables efectos, literarios y políticos, de la osadía desmesurada, de la alegría desagraciada, y de la vulgaridad ignominiosa que se quiso

introducir en algunas épocas de la revolucion. De la oposicion de estos dos extremos, las ideas ficticias de la monarquía y los sistemas groseros de algunos hombres durante la revolucion, resultan necesariamente reflexiones justas sobre la simplicidad noble que debe caracterizar, en la república, los discursos, escritos, y modales.

La nacion francesa estaba, bajo algunos aspectos, muy civilizada; sus instituciones, sus hábitos sociales, habian ocupado el lugar de las afecciones naturales. En las antiguas repúblicas, y en Lacedemonia especialmente, las leyes se apoderaban del genio individual de cada ciudadano, los formaban á todos por el mismo modelo, y los afectos políticos embecian cualquiera otro afecto. Lo que Licurgo habia producido con sus leyes en favor del espíritu republicano, se efectuó por la monarquía francesa con la dominación de sus preocupaciones en favor de la vanidad de las clases.

Esta vanidad ocupaba por sí sola casi todas las clases; el hombre no vivia mas que

para dar golpe alrededor de sí, para lograr una superioridad convencional sobre su inmediato competidor, para mover á la envidia que le poseia á él sucesivamente. De individuo en individuo, de clase en clase, la paciente vanidad no gozaba de paz mas que en el trono; en cualquiera otra situacion, desde las mas elevadas hasta las mas abatidas, pasaba uno la vida comparándose con sus iguales ó superiores; y tan léjos de tomar en sí la idea de su propio valor, se buscaba en las miradas de los otros el concepto que ellos se formaban de la aceptacion que un hombre se habia adquirido entre sus semejantes.

Aquella intensa aplicacion á unos intereses frivolos en todo, excepto por el influjo que ellos ejercian sobre la felicidad, aquella necesidad de salir bien, aquel temor de desagradar alteraban, exageraban frecuentemente las verdaderas máximas del gusto natural; habia el gusto de tal dia, el de cual clase, finalmente el que debia derivarse del espíritu general formado por semejantes relaciones. Existian varias sociedades que,

por medio de alusiones á sus hábitos, á sus intereses, y aun á sus caprichos, podian ennoblecer algunas frases familiares, ó condenar perfecciones simples. Manifestándose uno ageno de estas costumbres de sociedades, se clasificaba como inferior; y la inferioridad de la clase es de mal gusto en cuantos paises existen clases. El pueblo se hurla del pueblo mientras que él no ha recibido la educacion de la libertad; y no hubiera logrado uno mas que hacerse ridículo en Francia, si, aun con ideas fuertes, hubiera querido eximirse del tono que se dictaba por el ascendiente de la primera clase.

Estendiéndose esta tiranía de opinion muy adelante, podia perjudicar finalmente al verdadero talento. Se usaba todos los dias de mayor sutileza en las reglas de la urbanidad y gusto; y en las costumbres se alejaban siempre las gentes mas de las impresiones de la naturaleza. La soltura de los modales existia sin la dejadez de los afectos, la política clasificaba en vez de reunir; y toda la naturalidad, toda la simplicidad necesaria

para la perfeccion de la gracia, no impedian velar con una constante atencion, ó con fingida distraccion, sobre la conservacion de las menores señales de todas las distinciones sociales.

Se quería establecer sin embargo una especie de igualdad; era la que pone esteriormente en el mismo nivel todos los talentos y genios; se quería aquella igualdad que carga sobre los hombres distinguidos y consuela á la envidiosa mediocridad. Era preciso hablar y callar como los otros, conocer los estilos para no inventar ni aventurar cosa ninguna; é imitando uno por mucho tiempo los modales de uso, tenia finalmente el derecho de aspirar á una reputacion propia suya. El arte de evitar los escollos del talento era el único uso del talento mismo; y el verdadero ingenio se sentia con frecuencia oprimido por todos estos vínculos de conveniencia. Aquella especie de gusto, mas bien afeminado que delicado, que se ofende de un ensayo nuevo, de un ruido sobresaliente, de una espresion

nerviosa, atajaba el vuelo de las almas; el ingenio no puede guardar todos estos miramientos artificiales; la gloria es tempestuosa, y los tumultuosos tropes de su séquito popular deben romper estos ligeros diques.

Pero la sociedad, es decir, relaciones sin fin, miramientos sin subordinacion, un teatro en que se apreciaba el mérito por los datos mas agenos de su valor real; la sociedad, repito, en Francia, habia creado aquella potestad de la ridiculidad con la que el hombre mas superior no hubiera podido arrostrar. Entre cuantos medios pueden desconcertar la emulacion de los genios elevados, el mas poderoso es el arma de la burla. El bosquejo fino y justo del lado flaco de un gran genio, de las debilidades de un talento superior, turba hasta aquella confianza en sus propias fuerzas, de que necesita el ingenio á menudo; y la mas leve picadura de una mofa fria é indiferente puede hacer morir en un corazon generoso la viva esperanza que le alentaba para el entusiasmo de la gloria y virtud.

Crió la naturaleza remedios para los dolores mayores del hombre; el ingenio es fuerte contra la adversidad, la ambicion contra los peligros, la virtud contra la calumnia; pero la ridiculidad puede insinuarse en la vida, aun unirse á las buenas prendas, y minarlas sordamente sin noticia suya.

La indolencia desdeñosa ejerce sumo dominio sobre el mas puro entusiasmo; aun el dolor pierde hasta la elocuencia con que la naturaleza le dotó, cuando él encuentra un genio burlon; la expresion enérgica, el acento de la dejadez, la accion misma, la accion generosa, se nos infunde por una especie de confianza en los que nos circundan; y una fria chanza puede helarlos.

El genio burlon se le atreve á cualquiera que da sumo valor á algun objeto, de cualquiera especie que este sea; se rie de cuantos se ocupan en lo serio de la vida, y dan todavia crédito á los afectos verdaderos y á los intereses graves. Bajo cuyo aspecto, no está destituido de una cierta filosofia; pero este genio que desanima, suspende el impulso

del alma que nos inclina á sacrificarnos; desconcierta hasta la indignacion; y ahoga la esperanza de la juventud. Unicamente el vicio insolente es superior á sus tiros. En efecto, el genio burlon trata rara vez de embestirle; y aun está tentado de mirar con aprecio la índole que él no tiene la facultad de afligir.

Aquella tiranía de la ridiculez que caracterizaba eminentemente los últimos años del antiguo gobierno, despues de haber limado el gusto, acababa gastando la fuerza; y la literatura se hubiera resentido de ello necesariamente. Es preciso pues, para dar á los escritos mas elevacion, y á los genios mas energía, no sujetar el gusto á los hábitos elegantes y afectados de las sociedades aristocráticas, por mas notables que ellas sean en la perfeccion de la gracia; su tiranía acarrearía grandes inconvenientes para la libertad, igualdad política, y aun alta literatura. Pero ¡cuanto no se opondría el mal gusto, llevado hasta la grosería, á la gloria literaria, á la moral, á la libertad, á cuanto puede

existir de bueno y elevado en las relaciones de los hombres entre sí!

Despues de la revolucion, una irritante vulgaridad en los modales se halló unida frecuentemente con el ejercicio de una autoridad de cualquiera especie. Ahora bien, los defectos de la potestad son contagiosos. En Francia particularmente, parece que la autoridad influye no solamente sobre las acciones y discursos, sino tambien casi sobre el pensamiento íntimo de los aduladores que rodean á los hombres poderosos. Los cortesanos de todos los gobiernos imitan á los que ellos alaban; se penetran de estimacion para con aquellos de quienes necesitan; olvidan que el cuidado mismo de su interes no requiere mas que las demostraciones exteriores, y que no es necesario torcer hasta su juicio para manifestarse lo que uno quiere parecer.

El mal gusto, tal como le vimos dominar durante algunos años de la revolucion, no es solamente perjudicial á las relaciones de la sociedad y á la literatura, sino que tam-

bien causa detrimento á la moral. Se toma uno la libertad de chancearse sobre su propia bajeza, sobre sus propios vicios, de confesárselos á si mismo con descaro, y de burlarse de las almas tímidas que tienen todavía repugnancia á esta deshonrosa alegría. Estos incrédulos de una nueva especie se jactan de su oprobrio, y se tienen por tanto mas entendidos, cuanto mas asombro han causado al rededor de sí.

Las palabras ordinarias ó crueles que algunos sugetos con autoridad se tomaron la libertad de proferir en la conversacion, debian, á la larga, depravar su alma, al mismo tiempo que ellas obraban sobre la moral de los que las escuchaban.

Un estilo admirable de Inglaterra priva á los hombres á quienes su profesion obliga á derramar la sangre de los animales, de la facultad de ejercer funciones judiciales. En efecto, ademas de la moral que se funda en la razon, hay la del instinto natural, aquella cuyas impresiones son inconsideradas é irresistibles. Cuando habituándose uno á ver su-

frir los animales, logra vencer la repugnancia de los sentidos para el espectáculo del dolor, se vuelve ménos accesible á la piedad, aun para con los hombres; á lo ménos no experimenta ya involuntariamente las impresiones suyas. Las palabras vulgares y feroces juntamente producen, bajo algunos aspectos, el mismo efecto que la vista de la sangre; y cuando nos acostumbramos á proferirlas, se vuelven mas familiares las ideas que ellas representan. Los hombres, en la guerra, se incitan entre sí á los impulsos de furor que deben animarlos, valiéndose incessantemente del lenguaje mas ordinario. La justicia é imparcialidad necesarias para el gobierno civil, imponen como una obligacion el uso de las formas y espresiones que calman al que las emplea y al que las escucha.

Infundiendo mas respeto el buen gusto del lenguaje y modales de los que gobiernan, hace ménos necesarios los medios de terror. Es cosa difícil que un magistrado cuyo tono irrita las almas, no necesite de

recurrir á la persecucion para conseguir la obediencia.

Una nube de ilusiones y recuerdos rodea á los reyes ; pero mandando los hombres elegidos en nombre de su superioridad personal, tienen necesidad de todas las señales exteriores de semejante superioridad ; y ¡qué señal mas evidente que aquel buen gusto que, volviéndose á hallar en todas las palabras, en todos los ademanes, en todos los acentos, y aun en todas las acciones, anuncia un alma pacífica y noble, que comprende todas las relaciones en todos los instantes, y no pierde jamás la idea de sí misma, ni los miramientos que debe á los demas ! Así es como el buen gusto ejerce un verdadero influjo político.

Nos hallamos convencidos harto generalmente de que el espíritu republicano exige una mudanza en el carácter de la literatura. Tengo por verdadera esta idea , pero en una acepcion diferente de la que se le aplica. El espíritu republicano exige mas severidad en el buen gusto que es inseparable de las bue-

nas costumbres. Permite tambien, sin duda, trasladar á la literatura perfecciones mas enérgicas, una pintura mas filosófica y dolorosa de los sucesos de la vida. Montesquieu, Rousseau, Condillac, pertenecian de antemano al espíritu republicano, y habian comenzado la revolucion apetecible en el carácter de las obras francesas : es menester acabar esta revolucion. Dando la república necesariamente progreso á pasiones mas fuertes, el arte de pintar debe acrecentarse al mismo tiempo que se engrandecen los asuntos ; pero , por efecto de un estravagante contraste, quisieron aprovecharse mas particularmente en la especie licenciosa y frívola de la libertad que se creia haber adquirido en literatura.

Se traia á la memoria la fama que la alegría francesa se habia adquirido en toda la Europa ; y , creían las gentes conservarla abandonándose á cuanto la delicadeza y buen gusto condenan. He dicho en la primera parte de esta obra cuantas causas diéron origen á la gracia francesa ; no hay ninguna de

ellas que subsista ahora, ni ninguna que pueda renovarse, si la combinación que se supone admite la libertad é igualdad política.

Los modelos llenos de gracia que poseemos en la lengua, podrán servir de guía á los Franceses, pero como sirven á las naciones extranjeras. Lo que renovaba en Francia el mismo espíritu, era el tono, los modales de lo que se llamaba la buena sociedad. En un país en que haya libertad, se ocuparán las gentes con mucha mas frecuencia, en el trato, en los negocios políticos que en la gracia de las formas y en el embeleso de la chanza. En cuantos países subsista la igualdad política, se dará entrada á todas las especies de mérito, y no existirá una sociedad exclusiva, dedicada únicamente á la perfección del espíritu de sociedad, y que reuna en sí todo el ascendiente de la fortuna y autoridad. Pues bien, sin este tribunal siempre existente, el espíritu de los jóvenes no puede formarse en el tacto delicado, en la diferencia fina y justa, la cual sola comunica á los es-

critos, en la especie ligera, aquella gracia de conveniencia, y aquel mérito de gusto tan admirado en algunos escritores franceses, y particularmente en las piezas sueltas de Voltaire.

Se perderá la literatura completamente en Francia, si se multiplican esos pretensos ensayos graciosos que no nos hacen ya mas que ridículos; puede hallarse todavía la alegría en la buena comedia; pero en cuanto á aquella festiva alegría con que nos abrumaron casi en el seno de todas nuestras calamidades, si se exceptúan algunos hombres que se acuerdan todavía del tiempo pasado, todas las tentativas nuevas en esta especie corrompen el gusto de la literatura en Francia, y nos hacen inferiores á todos los pueblos serios de la Europa.

Antes de la revolución, se habia notado que un Frances, al que era agena la sociedad de las primeras clases, se daba á conocer como inferior desde que queria chancearse, mientras que teniendo siempre un Ingles gravedad y simplicidad en los modales, cos-

taba mas dificultad el saber al oírle á qué clase de la sociedad pertenecía. Es menester, á pesar de las diferencias que existirán por mucho tiempo todavía entre las dos naciones, que los escritores franceses se aceleren á echar de ver que ellos no tienen ya los mismos medios de acierto en el arte de la chanza; y tan léjos de pensar que la revolución haya dado mas latitud sobre este particular, deben velar con mas cuidado en el buen gusto, supuesto que confundidas todas las especies de sociedad despues de una revolución, no presentan ya buenos modelos, ni infunden aquellos hábitos de todos los dias, que forman de la gracia y gusto nuestra propia naturaleza, sin que la reflexion tenga necesidad de recordárnoslos.

Los preceptos del gusto, en su aplicacion á la literatura republicana, son de una naturaleza mas simple, pero no ménos rigorosa que los preceptos del gusto abrazados por los escritores del siglo de Luis XIV. Bajo la monarquía, una infinidad de estilos substituia á veces con el tono de la conveniencia el de

la razon, y con los miramientos de la sociedad los afectos del corazon; pero no debiendo consistir en una república el gusto mas que en el perfecto conocimiento de todas las relaciones verdaderas y durables, el faltar á las máximas de semejante gusto seria ignorar la verdadera naturaleza de las cosas.

Era necesario con frecuencia, bajo la monarquía, disfrazar una censura atrevida, y encubrir una nueva opinion con la forma de las preocupaciones recibidas; y el gusto de que era menester usar en estos diferentes giros, exigia una agudeza intelectual singularmente delicada. Pero el adorno de la verdad en un pais libre, va de acuerdo con la verdad misma. La espresion y afectos deben dimanar de la misma fuente.

No está uno sujeto, en un pais libre, á encerrarse siempre dentro de la esfera de las mismas opiniones; y la variedad de las formas no es necesaria para ocultar la uniformidad de las ideas. Existe el interes de la progresion siempre, supuesto que las preocupaciones no ponen límites á la carrera del

pensamiento; no teniendo que luchar pues el talento contra el fastidio, adquiere mas simplicidad, y no arriesga, para avivar la atencion, aquellas gracias afectadas que el gusto natural reprueba.

Una habilidad harto dificultosa, á que uno se propasaba en el antiguo gobierno, era el arte de ofender las costumbres sin chocar con el gusto, y de jugarse con la moral, usando de tanta delicadeza en la espresion como de indecencia en las máximas. Ninguna cosa felizmente conviene ménos que este talento á las virtudes, como tambien al espíritu que deben dominar entre los republicanos. Desde que se rompiera una barrera, no se respetaria ya ninguna; y las relaciones de la sociedad no tendrian bastante eficacia para atajar todavía, cuando los vínculos sagrados no contuvieran ya.

Por otra parte, para tener acierto en esta especie peligrosa que reúne la gracia de las formas con la depravacion de las ideas, es necesaria una rara finura intelectual; y el ejercicio algo fuerte de sus facultades á que

uno está destinado en una república, hace perder esta finura. Hay necesidad del mas delicado tino para dar á la inmoralidad aquella gracia, sin la que aun los hombres mas corrompidos desecharian con repugnancia las pinturas y máximas del vicio.

En otro capítulo hablaré de la alegría de las comedias, de la que depende del conocimiento del corazón humano; pero tengo por cosa verisímil que no serán citados ya los Franceses por aquel espíritu amable, elegante y festivo que formaba el embeleso de la corte. El tiempo hará desaparecer á los hombres que son modelos en esta especie todavía, y se acabará perdiendo la memoria de ello; porque los libros no bastan para recordárselo. Lo que es mas fino que el pensamiento, no puede aprenderse mas que con el hábito. Si la sociedad que infundia aquella especie de instinto, aquel rápido tacto, está anonadada, deben acabar el tacto y el instinto con ella. Es menester renunciar de cuanto no puede aprenderse mas que con un cierto género

de vida, y no con generales combinaciones, cuando no existe ya semejante género de vida.

Un hombre de talento decia : *la felicidad es un estado serio*. Podemos afirmar otro tanto de la libertad. La magestad de un ciudadano es de mayor importancia que la de un súbdito; porque en una república, es menester que cada hombre de talento sea un obstáculo mas para la usurpacion política. Unicamente la nobleza genial puede dar alguna fuerza á aquella honrosa mision con que uno está revestido por su propia conciencia.

Se viéron en otros tiempos hombres que reunian la elevacion de los modales con el uso casi habitual de la chanza; pero esta reunion supone una perfeccion de gusto y delicadeza, una idea de su superioridad, de su poder, y aun de su clase, á que la educacion de la igualdad no da progreso. Aquella gracia, magestuosa y ligera juntamente, no debe convenir á las costumbres republicanas; caracteriza ella muy distintamente los hábitos de la opulencia ó de un encumbrado puesto.

El pensamiento es mas democrático; él crece á la aventura entre todos los hombres bastante independientes para tener algun tiempo desocupado. Es necesario fomentarle pues ante todas cosas, entregándose ménos en literatura á los objetos que pertenecen esclusivamente á la gracia de las formas.

Lo que nuestra suerte ha tenido de terrible, precisa á pensar; y si los desastres de las naciones engrandecen á los hombres, es corrigiéndolos de lo que ellos tenian de frivolo, es reconcentrando, con la horrenda fuerza del dolor, sus dispersas facultades.

Es necesario consagrar el gusto en literatura al ornato de las ideas; su utilidad no será menor por ello; porque está probado que las ideas mas profundas, y los afectos mas nobles no producen efecto ninguno, si algunas faltas de gusto distraen la atencion, rompen el enlace de los pensamientos, ó desconciertan la serie de conmociones que conduce nuestro espíritu á resultados mayores, y nuestra alma á impresiones durables.

Se quejarán del talento humano que se

apega á una cierta espresion intempestiva, en vez de ocuparse únicamente en lo que es realmente esencial; pero en las mas violentas situaciones de la vida, en el momento mismo de perecer, se vió muchas veces que un incidente ridiculo podia distraer á los hombres de su propia desgracia. ¿ Como esperar que algunos pensamientos, que una obra, puedan cautivar en tanto grado el interes, que el defecto de conveniencia del estilo no distraiga la atencion del lector?

El arrancar á los que nos escuchan ó leen de su amor propio, es un portento del talento; pero si los defectos del gusto presentan á los jueces, cualesquiera que ellos sean, una ocasion de manifestar, criticándonos, el talento que ellos mismos tienen, se aprovechan de ella necesariamente, y no piensan ya en las ideas ni afectos del autor.

El gusto necesario á la literatura republicana, tanto en los libros serios como en las obras de imaginacion, no es un talento particular; es la perfeccion de todos los talentos; y tan léjos de que él se oponga á los

afectos profundos, ni á las espresiones enérgicas, la simplicidad que él prescribe, y la naturalidad que él infunde, son los únicos ornamentos que pueden convenir á la fuerza.

La urbanidad de las costumbres, igualmente que el buen gusto, de que ella forma parte, son de una suma importancia literaria y politica. Aunque la literatura debe eximirse en la república, mucho mas fácilmente que en la monarquía, de la dominacion del tono recibido en la sociedad, es imposible que los modelos de las mas de las obras de imaginacion no se tomen en los ejemplos que se presentan habitualmente á la vista. Ahora bien; ¿ qué serian los escritos, en que se graba necesariamente el sello de las costumbres, si los modales vulgares, aquellos modales que hacen resaltar los defectos é inferioridades de todos los genios, continuaran dominando?

Les quedarian á los literatos franceses obras antiguas de las que podrian penetrarse todavía; pero su imaginacion no recibiría la inspiracion de los objetos que los rodearan;

se alimentaria ella con la lectura, pero nunca con las impresiones que ellos mismos experimentarían. No reunirían casi nunca en las composiciones literarias la naturalidad de las observaciones con la nobleza de las ideas; tan lejos de valerse de sus recuerdos, tendrían necesidad de dejarlos á un lado; y apenas el recogimiento del ánimo podría dar todavía á veces la idea de la verdadera pintura.

Se dirá quizás que la urbanidad es una tan leve ventaja, que uno puede hallarse privado de ella sin que este defecto cause el menor detrimento á las grandes y reales prendas que constituyen la fortaleza y elevacion genial. Si llamamos urbanidad las formas de galantería del siglo de Luis XIV, por cierto, los primeros hombres de la antigüedad no tenían la menor idea de ella, y no por ello son ménos los modelos mas respetables que la historia y aun la imaginacion pueden presentar á la admiracion de los siglos. Pero si la urbanidad es la justa medida de las relaciones de los hombres entre sí, si ella in-

dica lo que uno cree ser y lo que es, si ella enseña á los demas lo que ellos son ó lo que los suponen, se reúne un sinnúmero de ideas y afectos á la urbanidad.

Las formas varían sin duda segun los genios, y la misma benevolencia puede expresarse con dulzura ó sequedad; pero para ventilar filosóficamente la importancia de la urbanidad, es necesario considerar el sentido de esta palabra en su mas lata acepcion, sin querer detenerse en todas las diversidades á que cada genio puede dar origen.

La urbanidad es el vínculo que la sociedad ha establecido entre los hombres estraños los unos á los otros. Hay virtudes que nos apegan á nuestra familia, á nuestros amigos, á los desvalidos; pero en todas las relaciones que no han tomado todavía la calidad de una obligacion, la urbanidad de las costumbres prepara los afectos, hace mas fácil la conviccion, y le conserva á cada hombre el lugar que su mérito debe lograrle entre las gentes. Ella denota el grado de consideracion á que cada individuo se ha

elevado; y, bajo este aspecto, distribuye el premio, objeto de las tareas de toda la vida. Examinemos ahora bajo cuantas formas diversas deben presentarse los perniciosos efectos de los groseros modales, y cual debe ser el carácter de la urbanidad que conviene al espíritu republicano.

Las mugeres y los hombres grandes, el amor y la gloria, son los únicos pensamientos, las únicas afecciones que resuenan vivamente en el alma. Pero ¿como se hallaria la imágen pura y noble de una muger, en un pais en que no velara la mas rigurosa decencia sobre las relaciones de sociedad? ¿En donde se tomaria el tipo de las virtudes, cuando las mugeres mismas, estos independientes jueces de los combates de la vida, hubieran hecho extinguir en sí el noble instinto de las elevadas ideas? Una muger pierde algo de su gracia, no solamente con las palabras desnudas de delicadeza á que ella pudiera propasarse, sino tambien con cuanto llega á sus oídos, con cuanto se atreven á proferir en presencia suya. En el seno de su

familia, el recato y simplicidad bastan para conservar los miramientos que una muger debe exigir; pero en medio de las gentes, hay necesidad de mas todavía; la elegancia de su lenguaje, la nobleza de sus modales, forman parte de su magestad misma, e imponen respeto por sí solas eficazmente.

Bajo la monarquía, el espíritu caballeresco, la pompa de las clases, la magnificencia de la fortuna, cuanto hace impresion, suplía, bajo algunos aspectos, el verdadero mérito; pero las mugeres, en una república, no son ya nada, si ellas no imponen respeto con cuanto puede caracterizar su elevacion natural. Desde que se echa á un lado una ilusion, es preciso sustituirla con una calidad real; desde que se destruye una antigua preocupacion, hay necesidad de una nueva virtud; tan léjos de que la república debe dar mas libertad en las relaciones habituales de la sociedad, como todas las distinciones están fundadas únicamente sobre las prendas personales, es menester preservarse con mucho mas escrupulo de todas las

especies de faltas. Si uno hace la menor ofensa á su reputacion, no puede ya, como en la monarquía, restablecer su existencia con su clase, con su nacimiento, ni con todas las ventajas ajenas de su propio valor.

Lo que he dicho con respecto á las mugeres, puede aplicarse casi igualmente á los hombres que hacen un papel sobresaliente. Les será necesario velar sobre su consideracion mucho mas atentamente que en un tiempo, en que las dignidades aristocráticas bastaban para afianzar á los que las ocupaban los miramientos y respetos del vulgo. Aquellas existencias de opinion que se verán censuradas ó defendidas diariamente en la república, deben dar un sumo valor á quanto puede obrar sobre el espíritu ó imaginacion de los hombres.

Si de los favores de la opinion pasamos á la conservacion de la autoridad legal, veremos que la potestad en si misma es un peso que los gobernados soportan con trabajo; los espíritus que no fuéron formados para la servidumbre, experimentan desde

luego una especie de preocupacion contra la autoridad. Si las formas toscas del que manda exasperan esta preocupacion, se convierte ella en un odio real. Todo hombre de gusto y de una cierta alteza de ánimo debe tener la necesidad de pedir casi perdon por la autoridad que él posee. La autoridad política es el inconveniente necesario de un grandísimo bien, del orden y sosiego; pero el depositario de semejante autoridad debe justificarse siempre de ello, en algun modo, tanto con sus modales como con sus acciones.

Vimos con frecuencia, durante el curso de estos diez años, á los hombres ilustrados gobernados por los ignorantes; la arrogancia de su tono, y la vulgaridad de sus modales, indignaban todavía mas que los límites de su talento. Las opiniones republicanas se confundian en algunas cabezas con las palabras ásperas y chanzas repugnantes de algunos republicanos, y los afectos no fundados se alejaban naturalmente de la república.

Los modales reunen ó separan á los hombres con una fuerza mas insuperable que la

de las opiniones, y osaré casi decir que la de los afectos. Con una cierta liberalidad de espíritu, podemos vivir agradablemente en el seno de una sociedad que pertenece á un partido diferente del nuestro. Aun puede suceder que se olviden enormes faltas, y temores infundidos quizas con justos motivos por la inmoralidad de un hombre, si la nobleza de su language hace ilusion sobre la pureza de su alma. Pero lo que no es posible soportar, es una educacion ordinaria que descubren cada espresion, cada gesto, el tono de la voz, la postura del cuerpo, y todas las señales involuntarias de los hábitos de la vida.

No hablo aquí de la estimacion meditada, sino de aquella involuntaria impresion que se renueva á cada instante. Se reconoce uno, en las grandes circunstancias, por los afectos del corazon; pero en las relaciones individuales de la sociedad, no nos entendemos mas que por medio de los modales; y llevada la vulgaridad hasta un cierto grado, hace experimentar al que es testigo ó objeto suyo,

un afecto de confusion, y aun de vergüenza totalmente insoportable.

Dichosamente no está uno casi nunca destinado en la vida á sobrellevar la vulgaridad de los modales en favor de la elevacion de los afectos. Una severa honradez infunde una tan noble confianza, una paz tan pura, que es cosa rarísima que ella no haga adivinar, en cualquiera estado que se esté, cuanto una buena educacion hubiera enseñado. La rusticidad, de que fuimos víctimas con tanta frecuencia, se componia casi siempre de viciosos afectos; era la osadía, la crueldad é insolencia, que se mostraban bajo las mas odiosas formas.

Las conveniencias son la imagen de la moral; ellas la suponen en cuantas circunstancias no presentan todavía la ocasion de probarla; mantienen á los hombres en el hábito de respetar la opinion de los hombres. Si los gefes del estado ofenden ó desprecian las conveniencias, no infunden ya por si mismos la consideracion cuyos elementos ellos han dispersado.

Otra especie de impolitica puede caracterizar tambien á los hombres con autoridad; no es la rusticidad, sino permitaseme expresarlo así, la fatuidad política, el valor que da uno á su plaza, el efecto que semejante plaza produce sobre uno mismo, y de que se quiere hacer participantes á los demas; debieron verse necesariamente muchos ejemplos de ello despues de la revolucion. No se conferian los primeros puestos, en el antiguo gobierno, mas que á los sujetos acostumbrados, desde su niñez, á los privilegios y distinciones de una alta clase; la autoridad no mudaba casi nada en sus hábitos; pero en la revolucion, se ocuparon magistraturas eminentes por hombres de un estado inferior, y cuyo genio carecia de una natural elevacion: humildes entonces sobre su mérito personal, y vanos con su autoridad, se creyeron obligados á abrazar nuevos modales, á causa de que desempeñaban un nuevo empleo. Este efecto de la vanidad es el mas contrario de todos al afecto y respeto que deben infundir magistrados republica-

nos. El afecto y respeto se fijan en las prendas personales, y el hombre que se tiene por otro cuando ha sido nombrado para un empleo alto, nos indica él mismo que, si le pierde, nuestro interes y aprecio deben pasar á su sucesor.

¿Como puede darse á conocer mejor el hombre que con aquella magestad de modales, con aquella sencillez de espresiones, que, trasladadas al teatro ó referidas en la historia, infunden casi tanto entusiasmo como las grandes acciones? Diré mas, una serie de casualidades puede conducir á un hombre á hacerse notar con algunos hechos ilustres, sin que á pesar de ello esté dotado de un ingenio superior, ni de prendas heroicas; pero es imposible que las palabras, los acentos, las formas de que usamos para con los que nos rodean, no caractericen la verdadera grandeza del único modo inimitable.

Algunos pensaron que era necesario substituir con la frialdad y magestad la acogida en otros tiempos bondadosa de los France-

ses. Sin duda los primeros ciudadanos de un estado libre deben tener en la planta mas gravedad que los aduladores de un monarca; pero la exageracion de la frialdad seria un medio de atajar el vuelo de todos los impulsos generosos. El hombre frio en sus modales impone respeto necesariamente, porque nos da la idea de que no hace caso ninguno de nosotros. Pero aquel afecto penoso que él nos infunde, no produce cosa ninguna útil, ni fecunda. Semejante frialdad pone sujecion no á la insolencia familiar, sino á la bondad, á la elevacion de alma, á la verdadera superioridad. Los modales no son perfectos mas que cuando ellos fomentan cuanto cada hombre tiene de distinguido, y no intimidan mas que á los defectos.

No es menester engañarse sobre las señales exteriores del respeto: el ahogar nobles ideas, y agotar la fuente de los pensamientos, es producir el efecto del temor; pero el elevar las almas hasta sí, dar al talento todo su valor, y engendrar aquella confianza que los corazones generosos experimentan los

unos para con los otros, este es el arte de infundir un respeto durable.

Importa crear en Francia vínculos que puedan reconciliar los partidos; y la urbanidad de las costumbres es un eficaz medio para lograr este fin. Ella reuniria á todos los sugetos instruidos, y la reunion de esta clase formaria un tribunal de opinion que distribuiria con alguna justicia la censura ó elogio.

Cuyo tribunal ejerceria tambien su influjo sobre la literatura; los escritores sabrian en donde volver á hallar un gusto, un espíritu nacional, y podrian ocuparse en pintarlos, en engrandecerlos. Pero entre todas las confusiones, la mas funesta es la que mezcla juntamente todas las educaciones, y no separa mas que los partidos.

¿Qué importa asemejarse en las opiniones políticas, cuando nos diferenciamos en el espíritu y afectos? ¿Qué miserable efecto de las turbulencias civiles, el dar mas valor á un cierto modo de ver en los negocios públicos, que á todas las relaciones del alma